

de vuestro emperador, y de nuevo hallo ahí todo su genio; pero fuerza es pensar en las consecuencias de lo que se hace, y aquí las consecuencias no pueden menos de ser lastimosas. ¿Cómo queréis que yo negocie con Inglaterra, cuando decís que la dinastía francesa reina y reinará en España? ¿Cómo queréis que yo negocie con Rusia y Prusia, cuando decís que los territorios constitucionales ó pertenecientes á aliados, esto es, las ciudades anseáticas y el gran ducado de Varsovia, continuarán siendo cosa sagrada é inviolable? Nunca podré conseguir que tales condiciones se acepten por Europa. Ahora bien; la paz nos hace falta á nosotros, os hace falta á vosotros, porque, aun ganando victorias, no siempre se resiste el levantamiento universal de los ánimos y muy pronto se siente el rechazo en la casa propia...» Con este motivo, sin decirnos la paz que deseaba y se entreveía fácilmente, trató Mr. de Metternich de arrancar á Mr. Otto el secreto de la que deseábamos nosotros, pero intentólo en vano, porque Mr. Otto no sabía nada. No logrando que hablase, determinóse Mr. de Metternich á hablar por su parte, para prepararnos á las condiciones que podía aceptar Europa, aun suponiéndola vencida por nosotros, lo cual en su argumentación no se negaba á admitir nunca. «España, dijo con formas alternativamente insinuantes ó francas del todo, no os será concedida probablemente por Inglaterra, y sobre todo después de la última campaña. A nosotros los alemanes esta condición nos importa poco, no nos toca más que desde el punto de vista de Inglaterra, de la cual no se querrán separar ni Rusia ni Prusia en las negociaciones. Todo lo más que podríais hacer soportar á Inglaterra sería la agregación de Holanda á Francia, si bien después de ganar todavía más de una victoria, y esta condición tampoco nos toca más que á causa de los intereses británicos al modo que la precedente. Pero no haréis aceptar á Inglaterra, ni á Rusia, ni á Prusia, y menos á Alemania, la incorporación definitiva de los departamentos anseáticos á vuestro imperio. ¿A qué, pues, mostrarse tan afirmativos y tan absolutos sobre este punto? ¿Qué os importan países situados tan lejos de vuestra verdadera frontera, tan poco útiles á vuestra defensa, tan extraños á vuestros intereses comerciales, tan poco simpáticos á vuestra nación, tan necesarios á la constitución de una Alemania independiente? Cuando dabais alguna importancia al bloqueo continental podíais tener empeño en la posesión de los territorios anseáticos; pero hoy este bloqueo se viene abajo por todas partes: Rusia y Prusia lo han abandonado; vosotros mismos lo infringís de continuo. Manteniéndolo haríais la fortuna de vuestros enemigos rusos y prusianos, pues todo pasaría por su casa: además, la suposición de la paz general hace que deje de ser provechoso: renunciad desde ahora á este bloqueo, y consentid por tanto en restituir territorios que sólo desde semejante punto de vista podían ofrecer ventajas. Por lo que hace á Prusia, es necesario que os resignéis á hacerla más fuerte, más extensa y tal que figure como el verdadero Estado intermedio entre Rusia y el Mediodía de Europa. Estado intermedio [que hoy sería absurdo buscar en Polonia, puesto que no habéis logrado restablecerla, y cuya reconstitución nos compete promover á los alemanes más que á vosotros, puesto que somos y vosotros no sois vecinos de Rusia.

¿A qué, pues, mostraros tan afirmativos sobre el gran ducado de Varsovia, que es ya insostenible, que nunca tolerará Rusia en su frontera, y que por otra parte es la única materia que se puede aplicar á recomponer la Prusia sin destruir vuestro reino de Westfalia? ¿A qué crearnos dificultades insolubles, expresando acerca de este punto voluntades irrevocables?..» Pasando á la Confederación del Rhin, Mr. de Metternich añadió lo siguiente: «¿Para qué esa creación singular, que os impone gravámenes sin ventaja alguna, que es incompatible con la independencia de Alemania, y que se halla irrevocablemente destruída en el espíritu de los alemanes? ¡Qué! ¿Os obstinaríais por un vano título de *protector*, que, inconcebible sobre la cabeza de vuestro glorioso y prepotente soberano, sería ridículo sobre la cabeza de un niño? ¿Por ventura vuestro emperador, poseedor de la frontera que se dilata desde Basilea hasta el Texel, perteneciéndole Maguncia, Estrasburgo, Coblenza, Colonia, Wesel, Groninga, como puntos de apoyo de esta frontera, no tiene bastante para influir sobre Alemania y ser bastante inquietante á sus ojos? ¿Qué más quiere? No necesita parecer el primer potentado del continente hasta el extremo que lo procura; conténtese con serlo, y le vale más que la ostentación el disimulo. ¿Acaso imagináis que aspiramos á restablecer la antigua Confederación germánica para tomar la corona imperial de nuevo? Os engaños: no pensamos ya en ese título tan vano como ominoso; y de nuestra elección depende, porque se nos ofrece todo, todo, entendedlo (y al decir estas palabras Mr. de Metternich dejaba traslucir numerosas y secretas comunicaciones de parte de los coligados): pero no queremos más que las cosas que no nos pueden ser negadas, las que vosotros estáis prontos á concedernos: sobre todo queremos una Alemania independiente y la paz, porque tenemos sed de paz. Nos la piden todos los pueblos, y desaprobaban nuestra conducta, y nos abandonarían si les impusiéramos sacrificios con otro objeto que el de la paz. Sin duda nos diréis que sois fuertes y que vais aún á vencer á vuestros enemigos. Lo sabemos, contamos con ello y hasta lo necesitamos para obtener la paz, algunas de cuyas condiciones os hemos indicado; pero hacedla posible, y por tanto no os mostréis tan absolutos, y no seáis causa de que antes de que se entablen las negociaciones se hallen rotas.»

Estos admirables consejos, dados sinceramente, fueron acompañados con las más suaves y menos amenazadoras formas, y enunciados, no de una vez y dogmáticamente, sino ya un día, ya otro, según las ocasiones. Harto á las claras permitían ver la paz que se hallaba dispuesta á admitir Austria, y aun quizá á apoyar con sus fuerzas; paz que se podía resumir en los términos siguientes: España restituída á los Borbones, las ciudades anseáticas devueltas á Alemania, la Confederación del Rhin suprimida, el gran ducado de Varsovia repartido entre Rusia, Prusia y Austria, y por lo concerniente en particular á esta última potencia, una frontera mejor sobre el Inn y la restitución de la Iliria. Ciertamente, conservando la línea del Rhin y además la Holanda, conservando la Westfalia como reino aliado, es decir, tributario, el Piamonte, Toscana y Roma como departamentos franceses, la Lombardia y Nápoles como reinos de familia, Francia era el imperio más poderoso

que pudiera imaginarse, más vasto aún que conviniera deseárselo, por ser dudoso que alcanzasen á conservar la integridad de este imperio los sucesores del grande hombre que lo fundara. Razón tenía Austria en afirmar que aún era menester batirse, y batirse con fortuna, para obtener todos estos territorios, sobre todo el de Holanda; pero el abandono de la España hubiera decidido probablemente en favor de esta paz á Inglaterra, y respecto de Italia se resignaran todos á dejarla á los franceses, resignándose el Austria; y finalmente estaba probada la disposición de ceder sobre el punto de Westfalia por el hecho de haberse negado el emperador Alejandro y el rey de Prusia en Breslau á contraer empeños con el elector de Hesse-Cassel, á pesar de ofrecerse á la coalición con las manos llenas de millones, habiéndole conservado secretamente su fortuna la adhesión de una poderosa casa rentística, que á la sazón se empezaba á elevar en Europa, la de los hermanos Rothschild.

Por lo demás, cualquiera que fuese la paz que se estuviera pronto á admitir ó á rehusar, no convenía, según manifestaba Mr. de Metternich con suma prudencia, anunciar voluntades absolutas, que debían imposibilitar la apertura de las negociaciones y hasta el primer ensayo de la mediación austriaca, y que por tanto iban á obligar al gabinete de Viena á declararse en seguida á nuestro favor ó en nuestra contra, y probablemente en nuestra contra, lo cual no había confesado todavía, si bien era fácil adivinarlo por poco que se conservase la libertad del juicio propio. «Dejad, añadió Mr. de Metternich en sus frecuentes entrevistas con Mr. Otto, dejad que se reúnan los negociadores, é itán más lejos de lo que se cree, porque el mundo desea la paz, y se la pedirá tan fuertemente al primer congreso que se junte, que éste no se la podrá negar de ningún modo.»

Entonces mismo se hallaba comprobada la perfecta exactitud de sus consejos. Efectivamente, en virtud de autorización que desde París le fué dirigida, había enviado al gabinete de Viena á Mr. de Wessenberg á Londres y á Mr. de Lebzeltern á Kalisch, á fin de ofrecer, no su mediación, palabra reservada modestamente para más tarde, sino su introducción en las dos principales cortes beligerantes, sin otro objeto que el de promover un avenimiento con Francia, y una paz de que tenía apremiante necesidad todo el mundo.

Después de tomar Mr. de Wessenberg el camino de Hamburgo, donde la policía francesa le había molestado bastante, lo cual propalaron las gacetas alemanas como un nuevo agravio, dirigióse á Londres y allí le recibió lord Castlereagh con extremada cortesía, bien que secretamente para no conmovier la opinión pública sin fruto. Manifestándole lord Castlereagh su viva satisfacción de ver un agente austriaco en Londres y grande anhelo en aceptar lo que proponía el emperador Francisco, le dijo que probablemente debía saber que ya su misión carecía de objeto, porque el discurso del emperador Napoleón, conocido en toda la Europa, no dejaba la más leve duda en punto á su resolución de no admitir ninguna condición razonable; que si á Mr. de Wessenberg no se le había vuelto á llamar á Viena después de tal discurso, sólo podía consistir en la dificultad de las comunicaciones, pero que se le llamaría de positivo, pues ya no había manera de entrar en negociaciones; que á mayor

abundamiento podía permanecer en Londres si era de su agrado, porque Inglaterra siempre se hallaba pronta á tratar sobre bases equitativas, y ni ella ni sus aliados pretendían disputar á Francia la justa grandeza debida á sus esfuerzos y largas lides, pero que nunca sería entregada á la usurpación de Napoleón la generosa España. En suma Mr. de Wessenberg fué acogido de un modo que confirmaba la completa verdad de cuanto Mr. de Metternich aconsejaba como base de la paz futura.

En Kalisch, donde estaba el campo de los rusos, dirigióse, ya bajo un pretexto, ya bajo otro, el recibimiento de Mr. de Lebzeltern y al fin se acabó por admitirle, después de tomarse tiempo bastante para obrar de acuerdo con la corte de Londres, y entonces acógiósele con infinitas contemplaciones y hasta con caricias, y se le dijo que se deseaba la paz, que se negociaría de buen grado con la intervención de Austria; pero que esta corte debía conocer la imposibilidad de tratar con el emperador Napoleón después de las declaraciones que acababa de hacer, que ella misma conocería la imposibilidad de entenderse con este ambicioso insaciable, y entonces vendría á su unión natural y necesaria con Europa y se tendría á fortuna contarla por aliada, en cuyo día se la haría árbitra de la paz, de la guerra y, en una palabra, de todo. Después de estas declaraciones se insinuó á Mr. de Lebzeltern que se le conservaría en Kalisch de muy buena gana, si bien con la esperanza, que no se le disimulaba, de tenerle como representante, no de una corte enemiga ó mediadora, sino aliada y beligerante.

Tan luego como estos despachos llegaron á Viena comunicólos Mr. de Metternich al mismo embajador de Francia, invitándole á que los transmitiera al emperador Napoleón, suplicando que fueran tomados en gran consideración por éste, y pidiéndole con instancia que indicara al gabinete austriaco la conducta que debía seguir en circunstancias semejantes. Mr. de Metternich manifestó además que había concedido al príncipe de Schwartzemberg una licencia momentánea, habiendo vuelto á entrar su cuerpo en la frontera de la Galitzia, y que se iba á dirigir á París este personaje, para provocar de parte del emperador Napoleón explicaciones más francas, más satisfactorias que las obtenidas por Mr. de Bubna; que sin duda Napoleón se dignaría hablar á un hombre que había figurado como negociador de su matrimonio, como su lugarteniente sumiso durante la última guerra, y que aún figuraba como su admirador sincero y su más parcial amigo.

Esta defección de Prusia, estas agitaciones de Alemania, estas comunicaciones de la corte de Viena, selladas con un carácter de verdad tan sorprendente, no conmovieron á Napoleón ni poco ni mucho. Trabajando día y noche en reorganizar sus fuerzas, viendo la facilidad que había en sacar recursos de esta Francia tan fecunda en población y en riqueza, al cabo de veinte años de mortíferas luchas, descubriendo sobre todo la ineptia militar de sus enemigos, que venían benévola-mente á ofrecerse á sus golpes junto al Elba y cometían en materia de guerra tantas faltas como en materia de política seguía él cometiendo, había recobrado inmensa confianza en sí propio y no hacía caso alguno de lo que pasaba sobre el gran teatro de Europa, que había llenado de escenas tan trágicas é iba á llenar de escenas aún

más trágicas que todas aquellas á las cuales se había asistido.

No le cogía de sorpresa la defección de Prusia, antes bien había considerado este suceso como inevitable desde que vió á nuestro cuartel general retirarse sucesivamente sobre el Vístula, el Óder y el Elba. Por esto, aun dando alguna esperanza á Prusia, no quiso hacer ningún sacrificio pecuniario ni político para retenerla; sólo que, poco acostumbrado á observar los grandes movimientos de la opinión pública, poco dispuesto á creer en ella y especialmente á ceder á su influjo, sorprendióse de la audacia de Prusia al declararse en su contra, y la halló más atrevida de lo que nunca imaginara. Sin embargo, estaba convencido de que, aun sosteniendo el entusiasmo nacional al rey de Prusia, temblaría con todos sus miembros á la idea de la futura campaña, y se disponía á realizar muy pronto sus temores. Haciendo interiormente la cuenta de las fuerzas prusianas, calculaba que, reducida como se hallaba esta potencia en población y territorio, no podría llevar á la coalición más de cien mil hombres, cincuenta mil de ellos inmediatamente disponibles; que Rusia en su estado actual no podía presentar en línea más de otros cien mil soldados, y era verdad lo uno y lo otro: al ver á los prusianos y á los rusos adelantarse sobre el alto Elba y Turingia con tales fuerzas, calculaba que al cabo de tres ó cuatro semanas los haría volver á Polonia más de prisa que habían venido. Ya sentía el júbilo de la victoria, tan seguro se creía de ella, y estaba persuadido que lograría que volvieran á entrar en razón las cabezas después de una ó dos batallas, y tornaría á la situación de que se le suponía derribado y concluiría la paz, porque la deseaba á su modo, y la dictaría no precisamente conforme á su discurso, en el cual le había parecido buena política manifestarse más inflexible que pensaba serlo, pero sí bastante aproximada al tal discurso, excepto relativamente á la España, donde finalmente estaba resignado, aunque tarde, á grandes sacrificios.

Lejos de moverle la defección de Prusia, le dió margen á pedir á Francia nuevas fuerzas. Satisfechísimo estaba del alistamiento de cien mil hombres entre las cuatro clases anteriores; le había proporcionado para la guardia imperial, para la reorganización de los antiguos cuerpos del grande ejército, una excelente especie de hombres, á la que ya no estaba acostumbrado desde que pedía con un año de anticipación los reclutas, bajo pretexto de tener espacio para que su instrucción se perfeccionara. Estos individuos de las clases anteriores, algo más descontentos que los demás el día de la partida, ya en las filas se les iba el enojo, y les quedaban la talla, los músculos que se tienen á los veinticinco años y el valor natural de la nación francesa. Así hizo preparar un nuevo senadoconsulto para pedir otros ochenta mil hombres, no sólo de los cuatro, sino de los seis últimos alistamientos. Por tanto su poderosa facultad de organización se iba á ejercitar sobre muy cerca de seiscientos mil hombres, y para sacarlos proporcionaba un argumento la defección de Prusia, no respecto del senado, que no necesitaba de tal cosa, sino del público ilustrado, que, aun gimiendo de resultados de tamaños sacrificios, no podía escatimarlos á la vista de los peligros que amenazaban á Francia.

Aun le servía la Prusia de argumento para otra exi-

gencia de distinta especie. En Alemania se había llamado á todas las clases, bien que empezando por la joven nobleza. Generalmente no se llamaba en Francia más que á las clases medias ó inferiores. Se libraban las clases elevadas del alistamiento por medio de substitutos, á quienes pagaban precios excesivos, desde que la guerra se había hecho tan horriblemente sanguinaria. Tampoco habían contribuido á los donativos voluntarios más que con su fortuna. Ahora quería Napoleón que sirvieran personalmente en las filas. Lo pensaba hacía largo tiempo, y le pareció la ocasión por extremo oportuna.

Como un deber consideraba en Alemania la joven nobleza correr á las armas á la cabeza de todas las clases de la nación. ¿Por qué no lo había de hacer igualmente en Francia? Tiempos hubo en que la nobleza francesa no consintió que le tomara nadie la delantera en los campos de batalla; las armas constituían su profesión, la gloria su pasión más ardiente. ¿Por qué no había de ser la misma ahora? Sin duda había una explicación á su alejamiento del servicio, la de que amaba á la dinastía antigua, y nada á la nueva. Esta razón hacía poca fuerza á Napoleón, ó más bien le hacía mucha. Admisible se le figuraba para los padres que envejecían en el imbecil retiro de sus castillos, y no lo era ó no lo sería para los jóvenes largo tiempo, teniendo sangre en las venas, y debiendo sentirla fermentar, y no pudiendo creer que la caza fuera bastante para su edad, su nombre y su porvenir. No había más que tomarlos de grado ó por fuerza, reunirlos en un cuerpo que halagara su vanidad por el título, la frivolidad de su edad por la brillantez del uniforme, y una vez trasladados al ejército se les inflamaría, puesto que no se les honrara suponiéndoles menos inflamables al estampido del cañón y á la voz de un gran capitán que el resto de los franceses. Se lograría la ventaja de tenerlos juntos y á la vista, y sobre todo de no dejarlos á la espalda, ociosos y hostiles dentro de sus respectivas provincias y en visperas de acontecimientos quizá graves.

Como no se podía proceder respecto de ellos por vía del alistamiento en que habían ya entrado, y entrarían aún por substitutos, y no había otro medio que el de coger arbitrariamente, á unos por la fortuna, á otros por el nombre, discurrió Napoleón que convenía investir á los prefectos con facultades para designarlos discrecionalmente, dando por excusa de un modo de proceder tan irregular á todas luces la razón de la igualdad, muy singularmente alegada ahora, pues la igualdad era alistamiento ni más ni menos. Al país se le debía decir que, desviándose esta clase de antiguos nobles por librarse á fuerza de dinero del servicio militar, el más penoso de todos, convenía obligarla á que lo prestase como las otras y usar de los medios necesarios, cualesquiera que fuesen, á fin de conseguirlo.

Por estos medios, cuya naturaleza importaba poco á sus ojos, lisonjéose de obtener aún diez mil soberbios jinetes, distinguidos por el nacimiento y la fortuna y probabilísimamente por el denuedo. Resolvió formarlos en cuatro regimientos de dos mil quinientos hombres cada uno, con el título de regimientos de guardias de honor, y destinados á servir al lado del emperador y á vestir un brillante uniforme. Aquellos que compusieran estos regimientos debían recibir de sus padres por lo menos mil francos de asistencias y salir con el grado de

subtenientes cuando pasaran á otros cuerpos. De consiguiente era un verdadero cuerpo de nobleza, y superada la dificultad de los primeros días se obtuviera una legión brillante, de la cual se alcanzaran tantos servicios como de la casa del rey bajo la antigua monarquía. Al punto eligió Napoleón las ciudades de Versalles, Metz, Lyon y Tours para que allí se formaran estos cuatro regimientos, y nombró por sus coroneles á personas notables por su nombre, su graduación y sus servicios, como el conde de Pully, general de división, el barón Lepine, general de los granaderos de á caballo de la guardia, el conde Felipe de Segur, general de brigada, y el conde de San Sulpicio, general de los coraceros.

En cuanto al método del alistamiento se dijo en el senadoconsulto que los prefectos se pondrían de acuerdo con las autoridades departamentales para la formación de la nueva legión de caballería. Teniendo esta comisión á cargo, no se debían imponer los prefectos gran violencia, convocando los consejos de departamento y procurando promover por parte de los funcionarios ó de las familias adictas al gobierno la oferta de algunos de sus hijos, bajo la promesa de que no se prodigaría su sangre, y autorizándose con estas manifestaciones para designar por sí mismos un número suficiente de jóvenes entre los hijos de los propietarios acaudalados, que pasaban el verano en sus tierras y el invierno en los barrios aristocráticos de las grandes ciudades. Se contaba con el amor propio, con la actividad de los jóvenes para inducirles á consentir en tales designaciones, y de no con los medios coactivos, silenciosos pero eficaces, que á la sazón tenían ampliamente los prefectos á la mano.

Napoleón se hallaba, pues, compensado de la aparición de un nuevo enemigo con este aumento de recursos, y tan animado parecía para la guerra como en sus años juveniles. Sin embargo, habiendo atendido con esta extensión de sus armamentos á lo que acababa de acontecer en Rusia, le convenía fijarse de igual modo en Austria, que, aun conservando el título de aliada, ya tomaba poco á poco el papel de mediadora, y muy luego podía ser conducida á otro papel todavía menos amistoso. Con efecto, desde la defección de Prusia, mostrábase apremiante, quería que se le dieran medios de entrar en tratos, de promover la paz que tenía por indispensable, y muy luego iba á ser arduo negarse á darla explicaciones, sobre todo hallándose el príncipe Schwartzberg en camino para la capital de Francia, y teniendo tal acceso en la corte de las Tullerías que casi serían imposibles las retenciones respecto de su persona. Observando Napoleón los pasos del Austria, preguntóse si sería capaz de declararse en contra suya; pero se detuvo poco en esta idea por las siguientes razones. En su concepto no era el público tan exigente en Viena como en Berlín, y su corte no era tan débil tampoco. Además, Austria había contraído con nosotros vínculos de parentesco y de alianza, que constituían, ya que no una cadena indestructible, á lo menos un embarazo, pues el pudor es un yugo que no carece de fuerza. De un golpe no podría el Austria olvidar tanto el matrimonio de María Luisa como el tratado de alianza de 14 de marzo de 1812. Por otra parte, gobernabanla hombres que habían aprendido á temer á los ejércitos franceses. Finalmente, Austria era una poten-

cia interesada, que ante todo y en toda coyuntura procuraría agenciar bien sus cosas, y á la cual se dominaría por el interés de seguro, esto es, por la donación de algún rico territorio. Así Napoleón reducía entonces toda la política del Austria al temor de la guerra con Francia y al deseo de ganar algo en este vasto tumulto de Europa, y se engañaba por su desgracia y por la nuestra. No veía que el Austria, interesada sin duda, bien que todavía más prudente, sobre la ventaja material de una extensión de territorio, estimaba con mucho la ventaja política de reconquistar la independencia de Alemania y de establecer así mejor equilibrio en Europa; y que, finalmente, prefería un puesto algo menor en un orden de cosas estable y bien contrapesado, que otro más eminente en un orden de cosas mal equilibrado, odioso á todo el mundo y que no podía ser duradero, como que sobre el odio universal no hay manera de que se funde nada. Además en punto á adquisiciones territoriales, nada había que no se le ofreciese por parte de la coalición europea, y que no hubiera predisposición á darle, de suerte que, declarándose en nuestra contra, ganaría, sobre los ensanches de territorio, una constitución mejor de Europa, ventaja que apetecía más que otra alguna. Sólo una razón le detenía, el temor de meterse en guerra con nosotros, temor que debía atenuar cada vez más el aumento incesante del número de nuestros enemigos.

No viendo así más que temor é interés en el gabinete austriaco, buscó Napoleón los medios de atraérsele en la misma defección de Prusia, é ideó brindarle con los incitativos siguientes. Austria quería y hasta anhelaba la paz, siempre á su modo por supuesto. A su ver esta potencia tenía manera de promover dentro de breve plazo esta paz tan suspirada y celebrarla á su gusto, como también al gusto de Francia. Sabía que estaba haciendo armamentos y la empujaba á acelerarlos. Así completaba el cuerpo auxiliar del príncipe de Schwartzberg, retirado á Cracovia, y el cuerpo de observación de la Galitzia, formando además otro de reserva en Bohemia. Ya en totalidad sumaban cerca de cien mil combatientes. Desde el principio de la campaña podía emplear estos cien mil hombres de una manera decisiva, y se le iba á proporcionar la más natural coyuntura. Con efecto, se habían acogido bastante mal sus aberturas de paz, y con fundamento debía sentir notable disgusto. Por tanto, en seguida se podía constituir en mediadora, intimar á las potencias beligerantes la estipulación de un armisticio á fin de negociar con descanso, y desembocar después, si su intimación no era oída, con sus cien mil hombres de Bohemia en Silesia, coger de flanco á los coligados, á quienes los franceses iban á acometer de frente, con la seguridad de que, obrando de esta manera, al mes no quedaría entre el Elba y el Niemen ni un ruso ni un prusiano. Entonces Europa se hallaría á merced de Francia y de Austria vencedoras, y sería fácil hacer la distribución de los despojos. Para sí tomaría el emperador Francisco la Silesia, la Silesia, perenne asunto de sentimiento para la casa de Austria, una buena porción del gran ducado de Varsovia, y por último, la Iliria, prometida en todos los casos. Se indemnizaría á Sajonia por la pérdida del gran ducado de Varsovia con Berlín y el Brandeburgo, y se repelería á Prusia más allá del Óder, se le dejaría

la Vieja Prusia, se le añadiría la parte principal del ducado de Varsovia, y se constituiría así una especie de Polonia, medio alemana y medio polaca, y teniendo por capitales á Königsberg y á Varsovia.

De seguro, lanzando el Austria á Silesia los cien mil hombres que ya estaban prontos, y en caso de necesidad los otros cien mil que lo iban á estar dentro de tres meses, debía asegurar la completa derrota de Europa, y forzarla á entrar en tratos sin tardanza. ¿Pero qué resultado le ofrecía Napoleón para determinarla á que hiciera semejante uso de sus fuerzas? Le ofrecía trasladar á Prusia más allá del Vístula, no dejarla de sus antiguos Estados más que la Vieja Prusia desde Dantzick á Königsberg, y agregarle el gran ducado de Varsovia, esto es, formar de ella una Polonia, y establecer en su lugar entre el Óder y el Elba á la casa de Sajonia. Por tanto, le ofrecía pura y simplemente destruir á la Prusia, porque transferida á Königsberg ó á Varsovia esta potencia, ya no sería una Polonia, como tampoco extendida de Dresde á Berlín sería Sajonia una Prusia. No consiste solamente la fuerza de una nación en su territorio, sino en su historia, sino en su pasado, en sus recuerdos. Ya no se podían dar á la casa de Brandeburgo los recuerdos de Sobieski por más que se le cediera Varsovia, como tampoco á la casa de Sajonia los recuerdos de Federico el Grande por más que se le cediese Berlín. No los habría ya de Prusia, esto es, de Alemania, y buscando Austria su propia independencia en la de Alemania reconstituida no lograría su propósito aunque se añadiera una provincia á su territorio, y aunque esta provincia fuese la Silesia. Austria no sería más que una esclava enriquecida, y esto se le alcanzaba muy de sobra, y cuando no se le alcanzara, se lo hicieran comprender invenciblemente los alemanes indignados. Y si se pregunta cómo á un hombre del eminentísimo genio de Napoleón se le podían ocultar verdades tan palmarias, toda la respuesta se reduce á decir que el talento más poderoso, cuando se encierra en su mente propia y rehusa penetrar en la ajena, cuando se niega á hacer caso de las miras de los otros para pensar sólo en las suyas, se llega á forjar las más extrañas ilusiones, creyendo poder amoldar el mundo á su antojo. De esta suerte llegaba Napoleón á concebir una Europa de capricho, y á imaginar que con cien mil hombres más introducidos en sus cuadros, y una batalla más añadida á su gloriosa historia, compondría la Europa que ideaba en su mente. Sin duda Austria había odiado de muy atrás á Prusia y echado de menos por largo tiempo la Silesia, y de aquí sacaba que para determinarla á obrar según sus designios, no había más que lanzar como presa á su pasión la Prusia anonadada y la Silesia restituida. No comprendía que un nieto de María Teresa pudiera resistir á tal cebo, ni que un ministro profundamente calculador como Mr. de Metternich se preocupara de los clamores del patriotismo de los alemanes. No comprendía que llega una hora en que todos están obligados á ser hombres de bien y desinteresados, aquella en que una opresión intolerable ha forzado á todos á unirse para echarla abajo; y desgraciadamente produjo esta hora, la produjo para nuestra ruina, haciendo que nosotros, sus primeros oprimidos, fuéramos involuntarios opresores de Europa. Tampoco descubría, ni aun desde el punto de vista del interés mezquino, que

aquellos proyectos de recomponer la Europa á cada triunfo, á cada tratado, con su imaginación y con su espada, á todos les parecían arena, simple arena, y que ninguna importancia se daba á poseer una porción de tal arena movediza, cuyas fugitivas ondulaciones podía alterar el viento más leve. No comprendía que pudiera preferir Austria menos territorio en un orden de cosas estable y natural que mayor ensanche en un orden de cosas ficticio, arbitrariamente imaginado y más arbitrariamente establecido, y esto sin contar que en materia de territorio, según ya hemos dicho, no se limitaba la coalición á dirigir ofertas al Austria, sino que se mostraba dispuesta á dárselo todo.

Tales eran las ilusiones de Napoleón y las tristes causas de estas ilusiones. Con todo, él mismo conocía en parte el vicio de sus planes, pues se negaba á revelar de seguida al Austria la especie de Europa que tenía en proyecto, de miedo que retrocediera delante de tan extrañas proposiciones. Su idea era decir simplemente: «Presentad vuestros cien mil hombres en Silesia sobre el flanco de los coligados, presentadlos hasta sin que traben pelea; yo me batiré por todos, y repeleré más allá del Niemen á los prusianos y á los rusos, y en galardón de este servicio os daré la Silesia y además un millón de polacos, sin perjuicio de la Iliria.»

Esto quería hacer presente y aún esperaba ser oído. Pero, además del inconveniente de engañarse acerca de lo que deseaba el Austria, había otro grave por extremo en esta conducta, ya señalado por nosotros, el de introducir mucho antes de lo que fuera oportuno en los sucesos, el de darle una importancia peligrosa, el de suministrarle un pretexto para armarse, un medio de cambiar su papel de aliada en el de mediadora, y pronto quizá en el de enemiga si á las condiciones de su mediación rehusáramos someternos; y allanarle así por nuestra propia mano el camino por donde podía pasar sin deshonra, casi sin embarazo, del estado de estrecha alianza al de guerra con nosotros. De lleno entraba, pues, Napoleón en esta falta, y más todavía por la elección del personaje encargado de procurar que prevaleciesen sus ideas en Viena. Nuestro embajador en esta corte era Mr. Otto, que tiempo antes lo había sido en la de Prusia, hombre sensato, modesto, nunca afanoso por agrandar el papel que tenía á cargo, y verdaderamente cortado para residir cerca de la corte de Austria si se tratara de vivir en buena armonía con ella, sin dejarle tomar en la política del momento más parte que la conveniente. No juzgándole Napoleón con bastante influjo, ni con bastante perspicacia, se ocupó en elegir quien le sucediera, y fijóse en Mr. de Narbonne, de cuya tardía, si bien calurosa adhesión al imperio, se ha dado noticia. Patriota de 1789, antiguo ministro de Luis XVI, no desmintiendo nada de cuanto había sido, gran señor, militar instruido, hombre de talento brillante y variado, agudo y de sumo donaire, Mr. de Narbonne era maravillosamente idóneo para quedar airoso en una corte aristocrática, elegante y amaestrada en unir el talento de mundo al de los negocios. Pero no estaba cortado para quedarse más acá del papel que tenía á cargo, y antes bien se inclinaba á ir más lejos, Mr. de Metternich, á pesar de su habilidad, se vería muy apurado para eludir su penetración y sus vivas instancias, y para un papel activo no se podía desear

mejor agente. Siempre quedaba por averiguar si convenía agitarse en Viena del modo que se iba á efectuarlo (1).

Napoleón eligió, pues, á Mr. de Narbonne por embajador suyo, y tanta prisa tenía de despacharle, que ni aguardó al príncipe de Schwartzberg, encargado de revelar en París los designios del Austria. Harto poco le importaba en efecto conocer las miras de esta corte, pues no tomándolas en cuenta para nada, le quería inculcar las suyas, y además nunca llegaría Mr. de Narbonne demasiado pronto, debiéndose abrir nuevamente la campaña dentro de pocos días. Napoleón no le dijo de buenas á primeras qué clase de Europa se establecería cuando la paz fuese celebrada, y limitóse á manifestarle no más que la primera parte de su secreto, esto es, que convenía que el Austria llevara sus cien mil hombres á las vertientes de Silesia, que intimara á los coligados hacer alto, cosa á que no se avendrían, según todas las probabilidades; que los cogiera entonces por el flanco, mientras personalmente los cogía de cara, y que aceptara en premio de la victoria común la Silesia y una porción de la Polonia con la Iliria. Provisto de estas disposiciones se puso Mr. de Narbonne en camino.

Habiendo logrado Napoleón cuantos alistamientos deseaba, y dirigido su diplomacia según se ha visto, ya se aprestaba á entrar en campaña. A la sazón corrían los últimos días de marzo de 1813; rápidamente adelantaban sus diversas creaciones militares, merced á su actividad irresistible: sólo le detenía la caballería, no organizada tan pronto como quisiera. Sin embargo, preparóse á emprender la marcha para mediados de abril, impaciente como estaba por realizar el magnífico plan de campaña que había concebido. Para esto dictó sus últimas providencias. Algunas reconveniones dirigió al príncipe Eugenio por haber retrocedido tan pronto y á tanta distancia, no porque sintiera los pasos que se hacía dar á los coligados, pues, al revés, deseaba que se vinieran á colocar lo más cerca posible de sus golpes. Pero le dolía el tiempo de que le privaban estos rapidísimos progresos del enemigo, y juzgaba que se vería obligado á anticipar lo menos veinte días la época de las hostilidades, cosa que le contrariaba sobremanera, pues durante veinte días perfeccionara mucho sus armamentos. Más que nada sentía los caballos que le hacía perder el abandono de los territorios alemanes, y no calculaba en menos de doce á quince mil esta pérdida enorme. También censuró al príncipe Eugenio por haberse apoyado de sobra á la derecha y por haber descubierto á Hamburgo, que convenía poner al abrigo del contagio de las pasiones germánicas, y sólo por cubrir á Dresde, lo cual importaba poco, según se verá antes

(1) Napoleón en Santa Elena ha deplorado la elección de Mr. de Narbonne, y haciendo justicia á sus raros talentos y á su buen celo, ha dicho que se resintió de funesta por las mismas cualidades del individuo, pues empujó al Austria á que se quitara la máscara demasiado pronto. Verdad es que Mr. de Narbonne quizá fué perspicaz y emprendedor de sobra en Viena; pero se va á ver que era mucho menos culpable que sus instrucciones, y que la falta positiva, que Napoleón, exento en Santa Elena de todas sus preocupaciones, descubría ya tarde, estaba en el gobierno francés y no en Mr. de Narbonne. Bien pronto la continuación de nuestro relato va á esclarecer este punto de historia tan curioso y tan triste. (N. del A.)

de mucho. Por lo demás censuróle paternalmente como solía, no usando respecto de su persona de aquellos sarcasmos punzantes con que abrumaba á sus hermanos únicamente porque abrigaban pretensiones. Trazóle su conducta, y le indicó en términos generales el plan de operaciones que sigue.

Recomendóle que no se cuidara del camino de Dresde á Erfurt, Fulda y Maguncia, pues importaba poco que el enemigo penetrara é hiciera allí progresos; y, por el contrario, le previno que conservara á toda costa el de Magdeburgo, Hannóver, Osnabruck, Wesel, que pa-



El conde de Narbonne

saba por la baja Alemania, y le encargó que tan sólo á éste dedicara sus desvelos. Estableciéndose fuertemente sobre esta línea, guardaba el príncipe Eugenio la mayor parte del curso del Elba, cubría á Hamburgo que iba á ser recuperado, á Brema, á Holanda, á Westfalia, y en suma á la parte de Alemania que se había querido hacer francesa. Si, aprovechándose de esta disposición los coligados, penetraban por Dresde y avanzaban hasta las montañas de Turingia, hasta los famosos campos de Jena, no había que concebir susto, sino sólo cambiar de frente por una conversión que se ejecutaría con la izquierda adelante y la derecha á retaguardia, esto es, la izquierda en Eisenach y la derecha en Witttemberg, vuelta la espalda á las montañas de Hartz. Una vez tomada esta posición por el príncipe Eugenio, por Hesse ó Turingia iría Napoleón con ciento ochenta mil hombres á alargarle la mano y á unírsele junto al Elba; juntando entonces doscientos cincuenta mil hombres, cortaría á los coligados de Berlín y del mar, los arrollaría y acorralaría contra las montañas de Bohemia, después de un segundo paso tomaría á la capital de Prusia, le-